



UN ESPACIO PARA COMPARTIR

experiencias • opiniones • ideas • propuestas
ensayos • entrevistas • narraciones • poesías

Octubre 2015 N° 5

Y Dios vistió al hombre y a la mujer con túnicas de luz

por el Gran Rabino Jonathan Sacks



Presentación de Austen Ivereigh, biógrafo del Papa Francisco y fundador de Voces Católicas: *Entre las varias conferencias del día de ayer (17.11.2014) que siguieron a la del Papa Francisco en el Coloquio Humanum sobre la complementariedad de varón y mujer, la más destacada fue la de Lord Jonathan Sacks, hasta hace un año Gran Rabino del Reino Unido, que hizo ponerse de pie a una audiencia de 300 personas en el aula. Con elocuencia brillante, presentó en siete etapas un relato magistral del desarrollo del matrimonio desde el comienzo —un acto sexual entre dos peces en Escocia— hasta el día de hoy, que culminó con una exégesis espectacular del libro del Génesis. Es una historia con un fin trágico: el dismantelamiento de lo que él llama “la única institución en la historia capaz de humanizarnos en plenitud”, cuyo resultado es una nueva era de pobreza y división social. Con todo, la recuperación de esa institución es fuente de esperanza. Esta es su conferencia.*

Siete hitos en la evolución del matrimonio

Quiero empezar mi ponencia con un relato acerca de la idea más fascinante en la historia de la civilización. Hay desde luego muchas maneras de contar esta historia, esta es solo una de ellas. Es una historia que yo divido en siete momentos clave, cada uno sorprendente e inesperado.

El *primero*, de acuerdo con un reportaje que apareció en la prensa el 20 de octubre pasado, ocurrió en un lago de Escocia hace unos 385 millones de años. Según este nuevo descubrimiento, sucedió que dos peces se unieron para realizar la primera instancia de reproducción sexual conocida por la ciencia.

Hasta entonces toda la vida se había propagado de forma asexual, por división celular, germinación, fragmentación o partenogénesis,

todo lo cual es mucho más simple y más económico que la división de la vida en macho y hembra, de forma que cada cual desempeña una función distinta en la creación y el sostenimiento de la vida. (*)

Cuando vemos dentro del reino animal cuánto esfuerzo y energía toma el apareamiento de macho y hembra, en términos de exhibicionismo, rituales de cortejo, rivalidad y violencia, es asombroso que la reproducción sexual haya finalmente aparecido. Los biólogos aún no saben a ciencia cierta por qué se dio. Unos dicen que fue por protección contra los parásitos, o como inmunidad contra las enfermedades. Otros dicen que es sencillamente porque el encuentro entre opuestos genera diversidad. Sea lo que fuere, esos dos peces en Escocia descubrie-

ron algo nuevo y maravilloso que ha sido remedado desde entonces prácticamente por todas las formas de vida más evolucionadas. La vida comienza cuando una hembra y un macho se encuentran y se abrazan.

El *segundo* desarrollo inesperado fue el singular reto que presentaron al *homo sapiens* dos factores relacionados: pasamos a la posición erecta, lo cual provocó una reducción de la pelvis femenina, y a la vez se acrecentó el cerebro un 300%, lo cual provocó ensanchamiento del cráneo. El resultado fue que las criaturas humanas tuvieron que nacer prematuramente en comparación con las otras especies, por la cual necesitaban una protección parental por más tiempo. Esto requirió un cuidado de los progenitores más exigente que en cualquier otra especie, un esfuerzo de dos individuos no solo de la hembra. De aquí viene un fenómeno extraño entre los mamíferos, la vinculación de una pareja, lo cual no ocurre en otras especies en las que el aporte del macho termina con el acoplamiento. En la mayoría de los primates, los machos no reconocen siquiera a su prole, menos aún se ocupan de ella. En el reino animal la maternidad es casi universal y la paternidad es excepcional.

Con el advenimiento del ser humano aparece, pues, la unión biológica de la madre y del padre para cuidar de la prole. Hasta aquí llega la naturaleza, lo que viene después es la cultura que trae la *tercera* sorpresa.

Al parecer, en las sociedades de cazadores recolectores la unión de pareja era la norma. Con la invención de la agricultura y la plusvalía económica, con la creación de las ciudades y las civilizaciones, por primera vez empezaron a surgir las desigualdades entre ricos y pobres, entre poderosos y desvalidos. Los enormes zigurats de Mesopotamia y las pirámides del antiguo Egipto, con sus bases amplias y los vértices estrechos, eran representaciones monumentales en piedra de sociedades jerarquizadas en las cuales unos pocos dominaban a los muchos. Y la manifestación de poder más obvia entre los machos alfa, sean humanos o primates, consistía en controlar el acceso a las hembras fértiles a fin de maximizar la transmisión de los propios genes a la siguiente generación. De aquí proviene la poligamia, que se da en el 95% de los mamíferos y en el 75% de las

sociedades conocidas por los antropólogos. La poligamia es la manifestación más refinada de la desigualdad, puesto que niega a muchos machos la oportunidad de tener una hembra y una prole. Desde siempre a lo largo de la historia, entre humanos y entre el resto de animales, la codicia sexual es un factor generador de violencia.

Esto es lo que hace tan revolucionario el primer capítulo del Génesis, cuando afirma que cada ser humano, sin tener en cuenta diferencias de clase, color, cultura o fe, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Sabemos que en la antigüedad a soberanos, reyes, emperadores y faraones se les tenía por iconos de la divinidad. Pero lo que Génesis dice es que todos, varón y mujer, somos reyes. Cada quien tiene igual dignidad en el reino de la fe bajo la soberanía de Dios.

De aquí que cada cual entre nosotros tiene el mismo derecho a constituir un matrimonio y a tener sus hijos, que es la razón por la cual, como quiera que leamos el relato de Adán y Eva –vaya que hay diferencias entre la lectura hebrea y la cristiana– la norma básica en esta historia es: una mujer, un varón. O como dice la misma Biblia: «Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne».

Pero la monogamia no se convierte de inmediato en la norma, aun en el mundo de la Biblia. Muchas de sus historias más famosas, las rencillas entre Sara y Agar, entre Lea y Raquel y sus hijos, el affaire de David y Betsabé, o Salomón y sus muchas mujeres, son todas críticas que apunta hacia la monogamia.

Se establece así una relación profunda entre el monoteísmo y la monogamia, y por el lado contrario, entre el adulterio y la idolatría. El monoteísmo y la monogamia conciernen por entero a la relación muy estrecha entre Yo y Tú, yo y otra persona, sea ésta humana o bien el Otro divino.

La razón por la cual el advenimiento de la monogamia es insólito es que los valores de una sociedad suelen ser los que impone la clase dirigente. Y en cualquier sociedad jerarquizada la clase dominante se beneficia con la promiscuidad y la poligamia, pues ambas multiplican las oportunidades de transmisión de los propios genes a las generaciones sucesivas. Con la monogamia los ricos y prepotentes pierden, en tanto que los

pobres y desvalidos ganan. El establecimiento de la monogamia iba contra la corriente normal del cambio social y fue un verdadero triunfo para la

igual dignidad de todos. Cada esposa, cada esposo tienen dignidad real; cada hogar es un palacio engalanado por el amor.

El matrimonio, el amor y la alianza

El cuarto desarrollo notable fue que esta forma de vida se transformó en una vida de índole moral. Conocemos el trabajo de los biólogos evolucionistas que usan simulaciones computarizadas y reiterados dilemas del prisionero para explicar por qué existe el altruismo mutuo entre las especies de animales sociales. Actuamos con los demás como queremos que ellos actúen con nosotros, les respondemos tal como ellos nos responden. Como apunta C. S. Lewis en su libro *La abolición del hombre*, la ética de la reciprocidad es la *regla de oro* que comparten todas las grandes civilizaciones.

La extraordinaria novedad que introdujo la Biblia judía fue la idea de que el amor, no solo lo que es correcto, es un principio que guía la vida moral. Hay Tres amores. «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas». (Dt 6, 5). «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 18, 19). Y el tercero, que se repite no menos de treinta y seis veces en los libros de Moisés: «Ama al extranjero porque fuiste extranjero en el país de Egipto» (Dt 10, 19). O por decirlo de otra forma: así como Dios creó el mundo natural en amor y misericordia, así se nos encomienda crear el mundo social en amor y misericordia. Y ese amor es una llama encendida en el matrimonio y la familia. La moralidad no es sino el amor entre marido y mujer, entre padres e hijos, que se comunica al resto del mundo.

El quinto desarrollo forjó la entera experiencia del pueblo judío. En el antiguo Israel una forma prístina y ancestral de acuerdo, llamada alianza, fue aceptada y transformada en una forma nueva de pensar la relación entre Dios y la humanidad

en el caso de Noé, entre Dios y su pueblo en el caso de Abraham, y luego con los israelitas en el monte Sinaí. Una alianza es como un matrimonio: es un compromiso mutuo de lealtad y confianza entre dos o más personas, en respeto mutuo de la dignidad e integridad de la otra, para esforzarse unidas a fin de conseguir juntas lo que ninguna puede conseguir sola. Y hay una cosa que hasta Dios mismo no puede lograr él solo, que es vivir en el corazón humano. En eso él nos necesita.

La palabra hebrea *emunah*, mal traducida por *fe*, en realidad significa: *confianza, fidelidad, lealtad, constancia*, no echarse para atrás cuando el camino se complica, confiar en la otra persona y honrar la confianza que ella nos tiene. Lo que sucedió con la alianza, lo cual puede verse en



casi todos los profetas, fue comprender la relación entre nosotros y Dios en términos de la relación entre una novia y un novio, entre marido y mujer. El amor se convierte así no solo en el fundamento de la moral sino también de la teología. En el judaísmo la fe es una forma de matrimonio. Pocas veces se expresó esto de manera tan bella como cuando Oseas (2, 21-22) dice en nombre de Dios:

*Me casaré contigo para siempre,
me casaré contigo
en justicia y en derecho,
en amor y en compasión.
Me casaré contigo en fidelidad,
y tú conocerás al Señor.*

Los judíos pronunciamos estas palabras cada mañana en días laborales mientras anudamos la correa del *tefillin* alrededor del dedo como si

fuera un anillo nupcial. Cada mañana renovamos, pues, nuestro matrimonio con Dios.

Esto nos lleva a la *sexta*, muy sutil idea según la cual la verdad, la belleza, la bondad y la vida misma no existen en ninguna persona o entidad aisladas, sino en lo que cabe llamar lo “inter”, que Martin Buber definió como *Das Zwischenmenschliche*, a saber, la relación interpersonal, la complementariedad del hablar y el escuchar, del dar y el recibir. En la Biblia judía y en la literatura rabínica, la conversación es el vehículo de la verdad. En su revelación, Dios habla y nos pide escuchar. En la oración, nosotros hablamos y pedimos a Dios que nos escuche. Nunca hay una sola voz. En la Biblia los profetas conversan con Dios. En el Talmud los rabinos hablan entre ellos. Por esto, en ocasiones pienso que la razón por la que Dios eligió al pueblo judío es porque le gustan los buenos argumentos. El judaísmo es una conversación interpretada por muchas voces, no menos apasionada que la del *Cantar de los Cantares*, que es un dúo de una mujer y un hombre, la amada y su amante, que el Rabino Akiva llamó el *Santo de los Santos* de la literatura religiosa.

El profeta Malaquías dice que el sacerdote varón es el custodio de la ley de la verdad. El libro de los Proverbios dice de la mujer de valía que «que la ley de la bondad amorosa está en sus labios». Esta conversación entre una voz masculina y una femenina, entre la verdad y el amor, la justicia y la misericordia, la ley y el perdón, es la que crea el ambiente de la vida espiritual. En los tiempos bíblicos cada judío debía donar medio siclo al templo para recordarnos que somos solo una mitad. Algunas culturas enseñan que no somos nada. Otras enseñan que lo somos todo. La visión judía afirma que somos una mitad y que es menester abrirnos a la otra persona, si hemos de llegar a ser cabales.

Todo lo dicho nos lleva al *séptimo* descubrimiento: en el judaísmo el hogar y la familia vienen a ser escenario principal de la vida de fe. En el único verso de la Biblia judía en donde se explica por qué Dios eligió a Abraham, Él dice: «Yo lo he escogido para que instruya a sus hijos, a toda su casa y su descendencia, a mantenerse en el camino del Señor, practicando lo que es justo y recto». Abraham no fue elegido para gobernar un imperio, mandar un ejército, realizar milagros o pronunciar profecías, sino para ser sencillamente un padre.

En uno de los versos más célebres de la literatura judía, que nosotros pronunciamos cada día y cada noche, Moisés advierte: «Enseñarás constantemente estas cosas a tus hijos, hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, al acostarte y al levantarte». Los padres han de ser educadores, la educación es la conversación entre generaciones, y la primera escuela es el hogar.

Por ello los judíos se convirtieron en un pueblo decididamente orientado a la familia, y esto es lo que nos salvó de la tragedia. Después de la destrucción del Segundo Templo en el año 70, los judíos fueron dispersados por el mundo, dondequiera han sido una minoría sin derechos, han sufrido algunas de las persecuciones más atroces que pueblo alguno haya conocido jamás. Con todo, los judíos han sobrevivido porque no han perdido nunca tres cosas: su sentido de la familia, su sentido de la comunidad y su fe.

Y estos valores son renovados cada semana, en particularmente en el Shabbat, el día del descanso en que damos a nuestros matrimonios y familias lo que más necesitan y de lo que hoy día sienten más hambre, esto es, nuestro tiempo. Hace tiempo produjo un reportaje de televisión para la BBC sobre el estado de la familia en Gran Bretaña. Invité a una persona que en aquellos años era la máxima experta en custodia de menores, Penélope Leach, a que fuéramos un viernes por la mañana a una escuela primaria judía.

Penélope vio cómo esos niñitos representaban lo que iban a vivir esa misma noche en sus casas alrededor de la mesa familiar. Había una niña de cinco años que hacía de mamá, un papá igual que bendecía a sus hijos de cinco años y unos abuelos de cinco años que contemplaban todo aquello. Penélope estaba fascinada con toda la institución. Preguntó a los niños qué era lo que más disfrutaban del Shabbat. Un chiquito de cinco años se volteó y le dijo: «Es el único día de la semana en el que mi papá no tiene que salir corriendo». Cuando salíamos de la escuela tras haber terminado la filmación, ella se volvió y dijo: «Gran Rabino, este Shabbat suyo está salvando los matrimonios de papás y mamás de estos niños».

Esta es una forma de contarles la historia, la forma judía. Comienza por la aparición de la reproducción sexual, luego vienen las exigencias exclusivas del cuidado parental humano,

después el triunfo de la monogamia como condición básica para la igualdad, hasta llegar a la forma en que el matrimonio ha forjado nuestra visión de la moral y de la vida religiosa fundada en el amor, la alianza y la fidelidad, al punto de

considerar que la verdad es una conversación entre amante y amada. El matrimonio y la familia existen ahí donde la fe halla su hogar y donde la Presencia Divina vive en el amor entre marido y mujer, entre padres e hijos.

¿Qué ha cambiado en el matrimonio y la familia?

¿Qué cambios han ocurrido? Voy a proponer una interpretación. Hace unos años escribí un libro sobre religión y ciencia, resumí en dos frases la diferencia entre ellas: «La ciencia desmonta las cosas para ver cómo funcionan. La religión las junta para ver qué significan». Y esto sirve también para pensar la cultura. ¿Qué es lo que ella hace: junta las cosas o las separa?

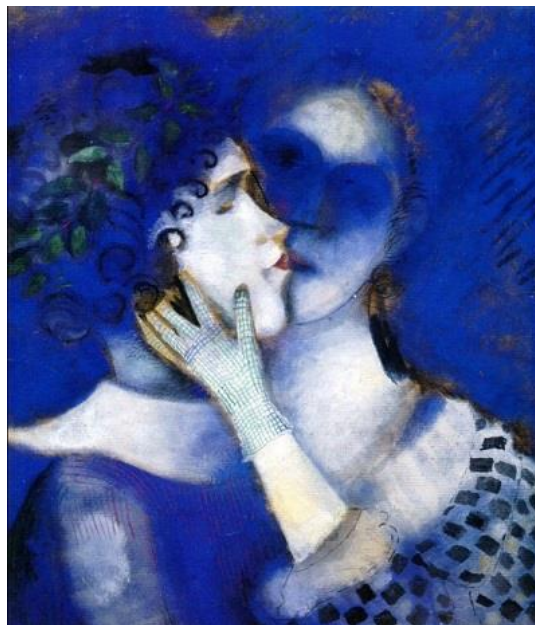
Lo que hace que la familia tradicional sea un logro excepcional, una obra notable de arte religioso, es que logra unir todo esto: el impulso sexual, el deseo físico, la amistad, la compañía, la afinidad emocional, el amor, la procreación de los hijos, su cuidado y protección, su educación temprana y su iniciación en una identidad personal y en una historia. ¿Qué institución ha logrado alguna vez entretener tantos impulsos y deseos, empeños y responsabilidades? Solo ella le ha dado sentido y rostro humano al mundo, el rostro del amor.

Por muy diversas razones, unas tienen que ver con los adelantos médicos como el control de nacimientos, la fertilización in vitro y algunas intervenciones genéticas, otras tienen que ver con un cambio moral, como la idea de que uno puede hacer todo lo que quiera con tal de no dañar a los demás, en fin, una más tiene que ver con la transferencia de responsabilidad de las personas al Estado, por no decir muchos otros cambios muy profundos en la cultura occidental, con ello lo que el matrimonio había logrado unir se encuentra ahora dividido y separado. El sexo está separado del amor, el

amor del compromiso, el matrimonio de la procreación de hijos, y el tener hijos de la responsabilidad de hacerse cargo de ellos.

El resultado ha sido que en 2012 en Gran Bretaña el 47,5 % de los niños ha nacido fuera del matrimonio y se prevé que en 2016 serán la mayoría. Hay cada vez menos personas que contraen matrimonio, las que se casan lo hacen con el correr de los años, y el 42% de los matrimonios acaba en divorcio. La convivencia no substituye al matrimonio. La duración media de cohabitación en Gran Bretaña y en Estados Unidos no llega a los dos años. De ahí resulta un aumento sensible entre los jóvenes de trastornos alimenticios, de adicción al alcohol y las drogas, de síndromes de estrés y depresión, de intentos de suicidio y suicidios consumados. El colapso del matrimonio ha creado una nueva forma de pobreza, que se concentra en las familias monoparentales, y en estas la carga más pesada recae sobre las mujeres, que en 2011 eran responsables del 92% de estos hogares. Actualmente, en Gran Bretaña, más de un millón de niños crecen sin ningún tipo de contacto con sus padres.

Esto ha generado una división en el seno de las sociedades que no se daba desde que Disraeli habló de “dos naciones” hace siglo y medio. Quienes tienen el privilegio de crecer en el seno de una comunidad de amor estable de dos personas que los trajeron al mundo, serán en promedio más sanos física y emocionalmente. Tendrán mayor éxito en la escuela y el trabajo. Sus relaciones serán más exitosas, serán más felices y vivirán más años.



Es cierto, hay muchas excepciones. Con todo, esta injusticia clama al cielo. Pasará a la historia como uno de los ejemplos trágicos de lo que Friedrich Hayek llamaba “la desmesura fatal”, que en cierto sentido conocemos mejor que la sabiduría secular, y que puede llegar a cuestionar las enseñanzas de la biología y de la historia. Nadie quiere, desde luego, volver a los prejuicios estrechos del pasado.

Esta semana en Gran Bretaña se estrena una película que cuenta la historia de una de las mentes más brillantes del siglo XXI, Alan Turing, el matemático de Cambridge que sentó las bases filosóficas de la informática y de la inteligencia artificial, y que ayudó a ganar la guerra al descifrar Enigma, el código naval alemán. Después de la guerra, Turing fue arrestado y procesado por su conducta homosexual, fue sometido a castración química, falleció a los 41 años por envenenamiento de cianuro, mucha gente pensó que se ha habido suicidado. Ese es un mundo al que jamás debemos regresar.

Sin embargo, nuestra compasión hacia quienes eligen vivir de otra forma no debe dispensarnos de abogar a favor de la única institución más humanizante de la historia. La familia, formada por varón y mujer e hijos, no es una forma de vida entre muchas otras. Es el mejor ambiente que hemos descubierto para criar a las futuras generaciones y para permitir que los niños crezcan en una matriz de estabilidad y amor. Aquí es donde aprendemos la delicada coreografía de la relacionalidad y cómo habérmolas con los inevitables conflictos en cualquier grupo humano. Aquí es donde, por primera vez, nos jugamos el riesgo de dar y recibir amor. Aquí es donde una generación transmite sus valores a la sucesiva y garantiza así la continuidad de una civilización. En cualquier sociedad, la familia es el crisol de su futuro y, por el bien de nuestros hijos y su futuro, hemos de ser sus defensores.

Una lectura de Génesis 3: la luminosidad del matrimonio y la familia

Al ser esta una asamblea de carácter religioso, permítanme concluir con una pieza de exégesis bíblica. El relato de la primera familia, el primer hombre y la primera mujer en el jardín del Edén, no se le considera generalmente una historia exitosa. Creamos o no en el pecado original, no tuvo un final feliz. Tras varios años de estudiar el texto, quiero sugerir una lectura diferente.

La historia se cierra con tres versos que no parecen tener relación entre sí. No hay una secuencia. No tienen lógica. En el Génesis (3, 19), Dios le dice al hombre: «Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás». Luego, en el siguiente verso, leemos: «El hombre llamó a su mujer *Eva*, por ser ella la madre de todos los vivientes». Y en el sucesivo: «El Señor Dios hizo unas túnicas de piel para el hombre y su mujer, y los vistió».

¿Qué relación hay aquí? ¿Por qué Dios, al decirle al hombre que era mortal, hizo que él le diera un nombre a su mujer? ¿Y por qué ese gesto parece cambiar la actitud de Dios hacia ellos, al punto de que tuvo un gesto de ternura al proveerlos de túnicas, casi como si ya hubiese comenzado a

perdonarlos? Permítanme añadir que la palabra hebrea por “piel” casi no puede distinguirse de la que usamos por “luz”, de modo que el Rabino Meir, ese gran sabio del siglo II, leyó el texto en el sentido de que Dios les hizo unas “túnicas de luz”. ¿Qué significa todo esto?

Si leemos atentamente el texto notamos que hasta ese momento el primer hombre le había dado a su esposa un nombre puramente genérico. La había llamado *ishah*, *mujer*. Recordemos lo que dijo al verla por primera vez: «Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ella será llamada mujer, porque del *hombre*, *ish*, fue sacada». Para él ella era una fulana, no una persona. Le había dado un nombre genérico, no un nombre propio. Peor aún, la define como un derivado suyo: algo sacado del hombre. Ella no es aún otro ser humano, una persona que vale de por sí. Ella es una mera proyección de sí mismo.

Mientras el hombre supuso que era inmortal, no necesitaba a fin de cuentas de nadie más. Pero ahora se percató de que es mortal, de que un día morirá y volverá a ser polvo. Había solo una manera de que algo suyo pudiera sobrevivir después su muerte. Eso sucedería si tuviera un hijo. Pero él no podía tener un hijo por su cuen-

ta. Para lograrlo necesitaba a su mujer. Solo ella podía engendrar y dar a luz. Solo ella podía mitigar su mortalidad. Y no porque fuera igual a él, sino justo porque era diferente de él. En ese momento, ella dejó de ser para él un ente genérico y se convirtió en una persona de por sí. Y una persona tiene nombre propio. Eso fue lo que él le dio: el nombre de *Javah*, *Eva*, que significa: “la que da la vida”.

En ese momento, cuando estaban a punto de salir del Edén para encarar el mundo tal como lo conocemos, un lugar de obscuridad, Adán dio a su

mujer el primer don del amor, su nombre personal. Y en ese momento Dios les muestra su amor, haciéndoles unas túnicas para cubrir su desnudez, o como decía el Rabino Meir, para “vestirlos de luz”.

Así ha sucedido desde entonces. Cada vez que un hombre y una mujer se encuentran en un vínculo de fidelidad mutua, Dios los viste con túnicas de luz, y llegamos a estar tan cerca de Dios mismo como nunca antes, para dar origen a una nueva vida, transformar la prosa de la biología en la poesía del espíritu humano y redimir la oscuridad de este mundo con la luminosidad del amor.

* La observación de Lord Sacks no es del todo exacta. La reproducción sexual surgió hace mil doscientos millones de años. Lo que unos científicos australianos probablemente descubrieron es la primera instancia de reproducción por copulación y fecundación interna de vertebrados con mandíbula, la superclase *gnathostomata* a la cual corresponde el 99% de los vertebrados actuales, que practicaban unos peces del género extinto *microbrachius dicki*. [<https://es.wikipedia.org/wiki/Microbrachius>]

* Ilustraciones. Rembrandt: *Jacob bendice a sus nietos los hijos de José*, 1656. Marc Chagall: *Amantes en azul*, 1914.

Original: *Seven Key Moments in History. A Jewish Perspective* [Traducción: Francisco Quijano]
[<http://humanum.it/talks/seven-key-moments-in-history-a-jewish-perspective>]